

SANTIAGO ALFONSO LÓPEZ NAVIA: *La ficción autorial en el «Quijote» y en sus continuaciones e imitaciones*, Ediciones de la Universidad Europea de Madrid, 1996.

Seguir la pista a un personaje en varias obras es costumbre sobradamente familiar ahora que las nociones de intertextualidad y autoría compartida forman parte habitual de toda práctica lectora. Hacer lo propio con un *narrador* no es tan frecuente, a no ser que ese *narrador* (intradiegético, diría Genette) se comporte en ocasiones también como un personaje. Así sucede con Cide Hamete Benengeli, supuesto responsable de la historia del enloquecido hidalgo cervantino y tan íntimamente relacionado con sus aventuras que lectores de varios siglos han llegado a percibirlo tan *real* como al propio don Quijote. Por suerte para todos nosotros, uno de esos lectores es Santiago Alfonso López Navia, quien en su libro *La ficción autorial en el «Quijote» y en sus continuaciones e imitaciones* nos regala con el itinerario del historiador árabe a través de diferentes reescrituras de la obra de Cervantes desde su inmediata publicación hasta este siglo. Ya sólo este punto de partida resulta enormemente sugestivo para quienes nos complacemos en saborear día a día la modernidad del proyecto cervantino precisamente al releerlo en nuevas y variadas recreaciones que lo convierten en un tesoro compartido. El libro de López Navia, al ofrecernos un inventario comentado de muchas obras de las que difícilmente habiéramos podido tener noticia, supone, sólo por eso, un manjar para la avidez que la novela de Cervantes despierta siempre entre sus más adictos lectores. Si tenemos en cuenta que, por si fuera poco, a esta relación de obras redactadas durante cuatro siglos y en dos continentes

(pues, para nuestro regocijo, se incluyen también autores hispanoamericanos) añade el autor un documentado balance teórico en el que se ocupa de los más importantes estudios dedicados a la función del historiador fingido nada más y nada menos que desde 1675 hasta 1995, el resultado es un libro destinado a complacer, además, a los más sesudos filólogos (también su autor lo es) que, aunque no participen activamente de esas *magias parciales* en las que, sin duda, se ha introducido de pleno el propio López Navia, podrán, por lo menos, disfrutar de un jugoso debate crítico en el que las más aceptadas teorías se confrontan con las impresiones de este estudioso especialmente privilegiado que, al menos por el momento, conoce como nadie *todos los átomos* de la *verdadera* actuación del árabe.

Audaz es, desde luego, este doble intento de perseguir a una quimera y de hacerlo de manera seria y filológicamente rigurosa, máxime al tratarse de un ser tan evanescente, contradictorio y juguetón como Cide Hamete Benengeli, creación suprema, junto con la pareja de héroes, del más lúdico de nuestros clásicos. Y es que, como todo lector del *Quijote* sabe de sobras, la tarea de ese historiador-encantador-sabio-nigromante que a veces se comporta como novelista y otras tantas como personaje deja a su paso una *gráfica* estela de interrogantes que bifurca hasta el absurdo la omnisciencia autorial pero dejando en todo momento patente un absoluto, aunque travieso, dominio sobre un libro que se nos plantea a un tiempo como *crónica* y como *poesía*. López Navia acepta desde el principio el reto de Cervantes, cuyas claves irónicas maneja, pero cae (también lo hizo Borges) más de una vez en la trampa de intentar descifrar un acertijo cuya respues-

ta última no es sino la sonrisa burlona de nuestro más célebre *antinovelist*a. Pero nuestro investigador se introduce en este laberinto de autores armado con el bagaje que le da la lectura prolongada y detenida de la obra cervantina y el conocimiento de los trabajos de Castro, El Saffar, Flores, Forcione, Haley, Parr, Predmore, Riley y un apabullante etcétera, lo que le permite salir airoso de él y catapultarnos incluso hacia su posteridad. Empresa esta última especialmente complicada si recordamos que, siendo el recurso al historiador fingido, ante todo, la contrafactura irónica de su abuso en la inmediata narrativa caballeresca, nos encontramos, al rastrearlo en las continuaciones de la parodia misma, ante un caso múltiple de literatura *en tercer grado*: Cervantes *reescribe* a Montalvo, los autores estudiados por Navia *reescriben* a Cervantes... ¿no hemos oído en alguna parte hablar de un Libro Único? Pues es Cide Hamete Benengeli, repetidamente resucitado, el protagonista de uno de sus capítulos, sabiamente *comentado* y *anotado* por López Navia.

El libro se compone de dos partes fundamentales: una primera en la que analiza la presencia del autor ficticio en el texto cervantino, habiendo previamente repasado su significación en la narrativa caballeresca, y una segunda en la que rastrea el recurso en novelas o cuentos posteriores. Como ya se ha apuntado, en la primera parte López Navia da sobrada muestra de un sólido conocimiento de las principales fuentes bibliográficas dedicadas al tema, de las que realiza una suerte de resumen comentado enormemente útil para el lector que desee adentrarse en el espinoso «estado de la cuestión». Se estudia aquí, entre otras muchas cosas, la oscilación que observamos en Benengeli entre la omnisciencia y la falta de control respecto a sus personajes, poniéndose el acento, como es lógico, en episodios conflictivos como el de la Cueva de

Montesinos (donde, como todos sabemos, el cronista se convierte en un espectador más del relato de don Quijote, sobre cuya veracidad duda hasta el punto de dejar la respuesta en manos del lector), el de la caracterización de la Condesa Trifaldi (en el que Cide Hamete parece participar más de ese universo fingido por los duques que de la *puntualidad* y *objetividad* de su supuesta tarea de historiador) o, en fin, las diferentes intromisiones, entre aclaratorias y maliciosas, de un traductor cuya participación consigue que el ejercicio diegético rebasa en más de una ocasión los límites de la lógica. Y empiezan algunas preguntas: ¿cómo puede el traductor conocer ciertos aspectos que sólo corresponden al momento de la redacción misma del texto de Cide Hamete? o, ¿cómo pudo el mismo Cide Hamete referirse a la reacción de los personajes ante la Segunda Parte durante su propio transcurso? Es en momentos como estos (pienso, por ejemplo, en las «soluciones» —atractivas, desde luego— propuestas en las páginas 128 y 129) cuando López Navia parece zambullirse hasta el fondo de la maraña textual intentando, con mérito indudable pero éxito incierto (¿no estaba Cervantes jugando?) satisfacer esos eternos enigmas sin respuesta. Lo que en modo alguno resta interés —antes bien, lo incrementa sensiblemente— a estas reflexiones que nos hacen re-pensar por enésima vez la polimorfa autoría del *Quijote*.

Mayor novedad ofrece la segunda parte de este libro, en la que, al margen de las múltiples, y a veces confusas, clasificaciones de las obras siguiendo variadas perspectivas, López Navia nos propone un ameno recorrido por las continuaciones e imitaciones, desde la pionera de Avellaneda hasta nuestros días. Conocemos, así, en el siglo XVIII, la obra de Jacinto M^a Delgado, a quien debemos agradecer que en un apéndice a sus *Adiciones a la historia del Ingenioso Hidalgo don Quijote de la Mancha...*, nos ofrezca nada más y nada menos que las *Me-*

morias del esclarecido Cide-Hamete Benengeli..., gracias a las cuales podemos conocer algunos datos de ese biógrafo que, ya en el texto de Cervantes, pugnaba por hacerse notar entre —y, a veces, por encima— de sus personajes. También en el Siglo de la Luces redacta Pedro Gatell sus didácticos *La moral de don Quijote* (donde es el cura quien asume el rol de Cide Hamete) y *La moral del más famoso escudero Sancho Panza*. Ya en el siglo XIX, tenemos *El ingenioso hidalgo D. Quijote de la Mancha. Tercera parte escrita por el Bachiller Avellanado*, de José Martínez Rives, donde nuestros héroes «despiertan de una siesta de tres siglos» y conviven con Homero, Sócrates, Ovidio (han conseguido, así, ser tan *históricos* como ellos) y, de Juan Montalvo, los *Capítulos que se le olvidaron a Cervantes...*, de título altamente significativo y que inicia una senda que transitarán, ya en el siglo XX, autores como Azorín, por no mencionar a Unamuno... Y, ya en nuestro siglo, los ejemplos se multiplican: José Abaurre y Mesa: *Historia de varios sucesos ocurridos en la aldea después de la muerte del ingenioso hidalgo Don Quijote de la Mancha* y todas las obras que vieron la luz con motivo del tercer centenario de la publicación del *Quijote* de 1605: *Tiempos y tiempos*, de Eduardo León (en esta obra, el arábigo se ha convertido ¡en un periódico! llamado *El Cide Hamete. Diario de Barcelona*); *La nueva salida del valeroso caballero D. Quijote de la Mancha*, de Antonio Ledesma Hernández; *La resurrección de don Quijote*, del padre Valbuena, libro humorístico y bastante partidista, y, para terminar con los homenajes de 1905, el cuento «Don Quijote, poeta, narración cervantesca», de Esteban Borrero Echeverría, la novela de Tulio Febres Cordero *Don Quijote en América* (donde aparece ¡el hijo de Cide Hamete!) y la *Pollinería Andante*, de Atanasio Rivero, donde es Sancho Panza quien se convierte en singular —y malpara-

do— «pollinero» andante. También Sancho Panza protagoniza un capítulo del libro de Navarro y Ledesma *En un lugar de la Mancha*, lleno de nostalgia por la muerte del hidalgo. Atractivo es también el libro de Juan Manuel Polar *Don Quijote en Yanquilandia*, donde nuestro caballero es resucitado por el Tío Sam, con quien habla también en *Don Quijote y tío Sam*, de Nicasio Pajares. Incluso la mujer del escudero será objeto de la recreación de Eimerich Clovis en su *Desconocida aventura de Teresa Panza...* En fin, muchos más son los ejemplos, imposibles de mencionar aquí, que nos muestra López Navía en este libro que, además, se cierra con un apéndice en el que nos refiere la existencia de otras continuaciones o imitaciones de notable interés cuyo argumento nos resume pero que no han sido estudiadas en su libro por no incluir la ficción autorial.

Aunque los autores inventariados en este libro son prácticamente desconocidos (faltan aquí otros re-escritores del *Quijote* que no caben en este libro centrado exclusivamente en la figura de Cide Hamete) y —tampoco nos engañemos— no demasiado geniales, es evidente que las propuestas y el despliegue imaginativo que entrañan sus obras son un acicate enormemente atractivo a la hora de completar esta singular página de la posteridad cervantina.

Agradecemos, pues a López Navía que nos haya permitido contemplar a Cide Hamete Benengeli (con su nombre o un heterónimo, con mayor o menor responsabilidad autorial) aterrizando en todas estas obras para contarnos, por ejemplo, cómo reaccionaron sus héroes ante los inventos de este siglo o ante el reconocimiento de su propia fama, cómo les fue por el Nuevo Mundo o qué tal dialogan con otras criaturas con las que comparten el limbo de la inmortalidad.

No todo es, sin embargo, gloria para Cide Hamete, objeto también de maliciosas biografías que lo convierten, por ejem-

plo, en cómplice de los duques o que se ve obligado a soportar continuas *faltas de respeto* no sólo por parte de sus continuadores sino por la de sus propios personajes que, en más de una ocasión, aprovechan esta *segunda oportunidad* que les ofrece una nueva pluma para contradecir a su *padre*... ¿o padrastró?... Pero, el padrastró, ¿no era Cervantes?... Entonces, ¿quién escribió el *Quijote*?

Lo más atractivo de este libro de López Navia es que, aun proponiendo valiosísimas afirmaciones narratológicas que con el tiempo serán de consulta insoslayable, es mayor el número de los interrogantes

que, a nuestro juicio, sugiere: ¿qué pensarían don Quijote y Sancho de los continuadores de su, en el fondo, bienamado Cide Hamete? ¿Los tratarían igual que a Avellaneda? Si nadie ha podido enterrar a caballero y escudero, ¿quién enterrará a Cide Hamete? Y, aún más, si ya no se trata únicamente de rastrear la diáspora moderna de nuestros dos héroes sino, también, la de su propio *biógrafo*, ¿terminaremos algún día de leer el *Quijote*? Trabajos como el de López Navia parecen decirnos que no hemos hecho más que empezar.

Isabel Castells